



V.

HEROICA DEFENSA

De la ciudad de

PUEBLA DE ZARAGOZA.

Sublime sacrificio

DEL

BENEMÉRITO CUERPO DE EJÉRCITO DE ORIENTE.

A la posteridad está reservado el fallo justiciero: toca á los contemporáneos suministrar las pruebas.



OMO lo anuncian los telegramas insertos en el capítulo anterior, el cañón del invasor había arrojado sus primeros proyectiles contra los muros de la ciudad de Puebla, que, á contar del 23 de Marzo de 1863 en adelante, iba á ser teatro de grandes proezas y de envidiables glorias.

El Ejército de Oriente había pesado ya en su ánimo el sacrificio inmenso que iba á hacer, y con gusto escuchó el estampido de los cañones anunciando con vehemencia la desolación y la muerte.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
CAPILLA DE SAN DOMINGO



La plaza sitiada contestó desde luego los disparos, dando con ello á entender que estaba dispuesta á vender muy cara su libertad y que había de costar mucha sangre al atrevido invasor profanar con la planta del tirano el suelo libre de la América latina.

El triunfo inmediato no sería el resultado de la heroica defensa: el destino nos tenía reservados el dolor de ver hollados nuestros derechos y la amargura de ver escarnecidas nuestras prerrogativas; pero la sublime defensa sería la elocuente protesta de un pueblo soberano levantada ante el altar de noble sacrificio.

Morir por la patria ó triunfar en la demanda, era la única ambición que se albergaba en el corazón de los valientes defensores de la ciudad sitiada.

El Ejército Republicano cumplía con un sagrado deber levantando el guante que le arrojaba el enemigo, y demostraba con su valor y abnegación que en México no nos intimida la adversidad, ni nos acobarda la idea de la muerte.

Estábamos obligados á demostrar á un Ejército calumniador, que el pueblo armado de un país libre sabía contener frente á los muros de la ciudad de Puebla, por el tiempo que le duraran sus municiones de boca y guerra, hasta agotar el último alimento y hasta quemar el último cartucho, (sesenta y tres días), al que venía precedido de la fama de invencible, que ya le habíamos arrebatado, para despojarlo después de sus laureles de aguerrido.

Teníamos que dar al mundo el grandioso espectáculo de un pueblo que no se doblega al peso de amargo sufrimiento; que entusiasta y animoso, en el mismo lugar donde cosecha un desengaño, siembra en el acto la semilla de la esperanza, la riega con su sangre y la fecun-

da con su patriotismo; de un pueblo que no se humilla y de un pueblo que no se vende.

Nuestra grandeza consistió en la constancia y en la fé: cobarde será el que huye á esconder su herida de las miradas del mundo para restañarla en vergonzosa quietud; pero el que la enseña al universo para que conociendo su intensidad, suspenda su juicio y espere un término prudente para pronunciar su fallo; y apenas restablecido vuelve á la lucha y pelea con ardimiento y triunfa, por último, merece la admiración y respeto de todos aquellos que no tengan los sentimientos relajados, ni hayan traficado con su conciencia en los mercados del crimen.

En los muros de la ciudad rendida, pero no humillada, patentizamos al mundo nuestra grandeza de alma y la fuerza de nuestro espíritu: más tarde, en sus calles, en sus plazas, en sus fortalezas, testificamos el 2 de Abril de 1867, que el Ejército mexicano sabía tomar por asalto, la misma plaza en que justificó su impotencia el Ejército que se llamaba el primero del mundo.

Vamos en este capítulo á admirar el magnífico espectáculo de un pueblo que en sus glorias militares no busca el brillo de sus triunfos como emblema del valor, sino como prueba fehaciente de intenso amor para la patria, digna de figurar en los anales del martirologio de la libertad.

Los hijos de México que con abnegación sin límites se encerraban en Puebla á esperar la muerte, no buscaban para sí prestigio ni honra: algo más desinteresados y mucho más nobles que sus calumniadores, sacrificaban todo, absolutamente todo, en aras de la Patria, para poder con su sangre comprar á ésta el derecho de decirle á su adversario: "¡Cúbrete el rostro con las manos, si acaso las tienes limpias! ¡tu manto real escuda á los asesinos de Tacubaya y á los salteadores de Legaciones



Europeas! En tus filas se han dado de alta los rufianes: no le digas al mundo con quién andas, para que el mundo no pueda decirte lo que eres."

A nuestros soldados no les preocupaba la humildad de su tumba: mártires ignorados de una causa justa, su último asilo quedaba oculto entre la humilde yerba que nace en derredor; pero mientras el enemigo extranjero tenía que buscar en el catálogo de la infamia el nombre y la nacionalidad del que á su lado sucumbía, la Patria, donde encontraba una cruz coronando un túmulo formado por un montículo de arena, sin titubear escribía en la escuadra de aquella cruz: "MEXICANO," nombre que en la pila bautismal del patriotismo se daba á los heroicos miembros del Cuerpo de Ejército de Oriente.

Dentro de la ciudad de Puebla nos hallábamos hermanos en ideas y en sentimientos: si en la gerarquía militar eran indispensables los grados para conservar la disciplina, todos sabíamos que en el regazo materno de la Patria, éramos iguales, porque haciendo todos el mismo sacrificio, todos merecíamos el mismo premio.

Pero allí las ambiciones eran nobles y las aspiraciones levantadas: ambicionábamos gratitud; aspirábamos al recuerdo.

El dictado de: "BENEMÉRITOS" que como beso de gratitud nos envió la Patria en los decretos publicados en este tomo, fué la recompensa satisfactoria del mártir del deber.

No pudiendo la adorada Patria llamar á cada uno por su nombre particular, á la hora del recuerdo, en sus grandes festividades cívicas, levanta un solo monumento y consagra á la memoria de todos estas bellas y armoniosas palabras: "A sus defensores, la patria agradecida." Ante ese monumento el General y el soldado; la viuda y el huérfano dicen enternecidos con igual derecho: "A

*mí; á mi esposo; á mi padre.*" Y realmente á todos los recuerda la Patria: el escalafón del Ejército rigió á la hora del peligro; pero cuando en la balanza de la justicia se pesó el mérito y en el cartabón de la gratitud se midió la talla, pesaron y midieron lo mismo todos los que llevaban en la frente el sello de la lealtad y el reflejo de la gloria. Ese recuerdo fué nuestra aspiración; única y noble ambición de recompensa.

A los defensores de Puebla no les había inspirado el interés bastardo de realizar algún proyecto inícuo, ó de proteger inmorales especulaciones, como las de Jecker, suizo de nacimiento, francés por conveniencia: los defensores de Puebla, soldados de un Ejército que tenía por divisa: "HONOR Á MÉXICO," no abandonaron su nacionalidad ni cuando las balas extranjeras les abrían las puertas de ultratumba, pues mexicanos de nacimiento, morían siendo mexicanos por convicción, y peleaban con entusiasmo para poder legar á sus hijos un girón de tierra en donde también pudieran llamarse mexicanos. Esa era la ambición que dominaba al sufrido cuanto valiente Ejército de Oriente.

Desde los confines de la República; desde las más apartadas regiones, se habían reunido en Puebla los elementos de todos los Estados, y Chiapas, Chihuahua, Coahuila, Durango, Tamaulipas, Monterrey, Zacatecas, Oaxaca y Guanajuato, salvaron las distancias y llegaron á un tiempo con sus tropas al punto del peligro.

El espíritu de provincialismo había sido dominado por el sentimiento del deber y era un consuelo en medio de nuestros sufrimientos ver unidos á todos los corazones por el lazo indisoluble del patriotismo; á aquella masa de caracteres eterogéneos la inspiraba una sóla idea: PATRIA; la conmovía un sólo sentimiento: LIBERTAD. Allí todos éramos hermanos y cuando las fuerzas de un Estado su-